

The background of the cover is a detailed illustration of a Victorian-era London street. In the distance, the Big Ben clock tower is prominent. The street is lined with buildings and lit by gas lamps. In the foreground, two young characters are depicted in a dynamic, slightly crouched pose as if they are about to run or are in the middle of an action. The girl on the left has long dark hair and is wearing a red t-shirt with a cartoon mouse on it. The boy on the right has blonde hair and is wearing a blue hoodie. Both have serious expressions. The overall color palette is dominated by warm, golden-yellow and brown tones, giving it a classic, slightly aged feel.

JARA SANTAMARÍA

LOS
HÉROES
DEL TIEMPO

UNA TRAICIÓN INESPERADA

Por la autora de
*LOS DIOSES
DEL NORTE.*
JARA SANTAMARÍA,
más de 200.000
LECTORES

DESTINO

JARA SANTAMARÍA

LOS

HÉROES

DEL **TIEMPO**

UNA TRAICIÓN INESPERADA

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2025
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Jara Santamaría, 2025
Autora representada por IMC Agencia Literaria
© de la ilustración de sobrecubierta: David G. Forés, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2025
ISBN: 978-84-08-29924-0
Depósito legal: B. 13.667-2025
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque
sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar
este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la
web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de
cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías
de inteligencia artificial.

1

Daniela



—Entonces dices que la Runa brilla.

—¡Shhh! —Mi mano tapó la boca de Claudio y miré a mi alrededor asegurándome de que no nos vieran, como si no nos hubiésemos asegurado ya por lo menos siete veces.

Estábamos en el almacén donde se guardaban los balones de baloncesto desinflados, las combas raídas por el uso y otros artilugios de gimnasia demasiado viejos como para ser utilizados, pero que por algún motivo el profesor se empeñaba en mantener. Nadie se pasaba por ese almacén desde hacía siglos y muchísimo menos a esas horas, justo en medio de las clases, de las que nos habíamos escabullido pidiendo ir

al baño (yo) y fingiendo un incontrolable ataque de tos (él).

Sin embargo, todas las precauciones eran pocas para hablar de la Runa del Tiempo en medio del instituto.

Claudio me miró como si estuviera exagerando, pero bajó la voz.

—Brilla —repitió, parafraseando mis palabras. Yo asentí, nerviosa—. De color... ¿verde? ¿Y es la primera vez que pasa?

—Claro —respondí rápidamente—. Te lo habría contado.

Lo miré, dolida por la duda. Se lo habría contado, ¿cómo podía pensar lo contrario? A él sí. En los últimos tres meses, desde que habíamos viajado en el tiempo, Claudio había sido literalmente la única persona a la que podía contarle todo. Y eso, de alguna forma extraña, le había hecho ocupar un lugar en mi vida que siempre había pertenecido a Elena.

Todavía no sabía cómo sentirme al respecto.

Pero a ella no podía contárselo; eso me lo habían dejado bien claro. Por su seguridad, y la mía, y la de la Runa, y..., en fin, supongo que por la seguridad de la Humanidad entera, si me apuras. Y todas las razones por las que no debía contárselo tenían mucho sentido, ¡por supuesto que sí!, aunque yo no estaba preparada para mentir a Elena. Ni para mentir ni para

responder con evasivas a por qué había desaparecido en el museo ni por qué de repente me llevaba tan bien con «el nuevo».

Me había esforzado por fingir normalidad, por seguir quedando con ella y ver películas y todo eso. Pero yo ya no era la misma Daniela de antes. Me habían pasado cosas. Cosas muy importantes. Cosas tan locas que no podía meterlas en un cajoncito y seguir adelante con mi vida. Así que, allá donde debería estar Elena, ahora estaba Claudio. Él era la única persona con la que podía hablar de verdad. ¿Cómo no iba a contar-selo?

—Bueno, entonces, ¿dónde está la Runa?

La pregunta de Claudio me sacó de mis pensamientos. Iba a responder, pero de repente reculé.

—Aunque Aldara dijo... ¿no se suponía que no tenemos que contarnos dónde está? —dije, confusa—. Por seguridad y eso.

Claudio meneó la cabeza hacia los lados.

—Sí, bueno, eso lo dijo antes de empezar a hacer cosas raras.

—Ya, pero...

—¿Para qué me lo has contado si no? —me cortó—. Tengo que verla. Si quiero saber qué está pasando, tendré que verla.

Abrí la boca con intención de decir algo, pero no

conseguí articular ninguna explicación coherente. Solté un resoplido.

—Igual es una tontería y no tendría que habértelo dicho —reflexioné—. Pero es que tú imagínate que son mis padres los que la encuentran, ¿qué les digo? Es que brilla que flipas. No es como si pudiera ponerle un cojín encima y fingir que no pasa nada.

—¿Está en tu habitación entonces? —adivinó.

Solté un gruñido, frustrada.

—Bueno —se defendió—. Lo digo porque no parece el sitio más seguro del mundo. Es literalmente el primer sitio donde buscaría si supiera que la estás escondiendo tú. ¿Cómo no la llevaste a algún sitio raro, a un pueblo o...?

—¡Y yo qué sé! Perdón por no ser una experta escondiendo Runas del Tiempo, no es como si me dedicase a esto todos los días.

Claudio respiró despacio.

—Tienes razón, perdona —dijo—. No nos pongamos nerviosos. Lo que importa es que ahora ya lo sé, ¿no? Ya me has contado dónde está, así que lo que le dijimos a Aldara..., bueno, que habrá que pensar en un plan B. ¿Se lo has contado a alguien más?

Negué con la cabeza, muy segura, agradeciendo más que nunca que la Daniela del pasado fuese lo suficientemente fuerte como para ocultárselo a todo el mundo.

—Bien, eso es lo importante —continuó, algo más cal-

mado—. Pero tendremos que verla. Si está brillando es por algo. Te está llamando. Y debemos entender por qué. Hay que ir a tu casa.

—¿Tú y yo? ¿Ahora?

Claudio estaba delirando si creía que yo podía meter a un chico en casa tan fácilmente.

Él frunció el ceño.

—No, tú y yo no —dijo—. Tú, yo y Pablo.

Solté una carcajada.

—¿Qué es tan gracioso? —espetó, muy serio.

—Pablo Gutiérrez en mi casa. —Reí de nuevo, esta vez más alto, y ahora fue él quien me hizo un gesto para que bajase la voz—. Claro que sí. Seguro que a mi madre le parece una idea estupenda. ¿La voy avisando? Para que os prepare los sándwiches, digo.

—Invéntate algo —respondió, ignorando mi sarcasmo—. Un trabajo conjunto, un proyecto de ciencias...

—¡Pero si ni siquiera va a nuestra clase! —me quejé.

—Daniela —me interrumpió muy serio—. No conozco a tu madre, pero te aseguro que la alternativa es mucho peor. No deberías sacar la Runa de casa, y mucho menos si está brillando como una bola de discoteca. Llamáramos demasiado la atención. Si hay Rastreadores por ahí... si hubiera algún Rastreador en nuestro tiempo...

—Pero ¿por qué tiene que venir Pablo también? ¿No podemos encargarnos de esto tú y yo?

Claudio negó con la cabeza.

—Pablo tiene algo que necesitamos —dijo, y aunque yo abrí la boca para preguntarle a qué se refería, no me dejó terminar—. Esta misma tarde, después de clase. No te preocupes por nada, se me dan bien las madres. Tú ocúpate de Pablo.

Me quedé con la boca entreabierta mientras él salía por la puerta del almacén.

—¿Qué estamos haciendo?

La voz de Elena se perdió entre el griterío del patio a la salida de clase.

—¿Mmh? —murmuré.

A nuestro alrededor, los estudiantes se apelotonaban y correteaban eufóricos de libertad, algunos marchándose directamente a casa, otros alargando la despedida con sus grupos de amigos y otros, como Pablo, Martín, Álvaro y los demás, aprovechaban la salida de clase para jugar un partido de baloncesto en la cancha principal. Mi vista recorría distraídamente a los chicos, los analizaba como si se tratase de un documental de La 2: sus saltos, sus alaridos, la manera pretendidamente heroica con la que se limpiaban el sudor con sus antebrazos. Pablo llevaba una cinta ridícula justo en medio de la frente, supuse que para evitar que su pelo rubio se manchase,

aunque estaba segura de que se lo habría copiado a algún futbolista. Su nuevo *look*, sin embargo, no parecía importarle a su club de fans; al contrario. Sentadas en las gradas, un grupito de chicas desenvolvían sus bocadillos y los miraban como si fuera un partido de la NBA, jaleando y aplaudiendo cada vez que alguien conseguía encestar, sobre todo si ese alguien era Pablo con su cintita ridícula. Era alucinante. Incomprensible, por otro lado, pero verdaderamente alucinante.

A mi lado, la voz de Elena volvió a sonar.

—No, que si hay algún tipo de explicación a por qué estamos viendo jugar aquí al Equipo Maravilla —murmuró—. Que igual nos hemos aficionado al baloncesto y no me había dado cuenta.

Volví la cabeza y la miré como si acabase de darme cuenta de que estaba ahí.

Elena tenía la mochila colgada en un solo hombro y me dedicaba una mirada de impaciencia. Me estaba esperando para caminar juntas hacia la parada del autobús, como siempre, claro. Cerré los ojos, consciente de que debía inventarme una excusa plausible y que no la hiciera sospechar ni un poquito.

—Tengo que hablar con Pablo —dije.

Fantástico.

Los ojos de Elena, como era de esperar, se abrieron como platos.

—¿Que tienes que qué? ¿Qué? —Parpadeó deprisa, exageradamente. No podía culparla—. Con Pablo Gutiérrez. Ese Pablo. ¿Puedo saber por qué? ¿Te ha hecho algo? ¿Estás en una secta? ¿Es eso? ¿Estás bien? Parpadea si necesitas ayuda.

—Solo un momento. O en realidad... ve yendo. ¡No me esperes! —dije muy rápidamente, y empecé a caminar hacia atrás, esperando librarme de tener que mentir—. ¡Te prometo que te lo cuento mañana, es una chorrada, en serio!

Y ahí iba otra mentira, volando directa hacia los ojos confusos de Elena. Me giré sobre mis talones, con los ojos bien cerrados, odiando profundamente la Runa, las ideas de Claudio y todas las cosas que impedían que saliera corriendo hacia Elena y me fuese a su casa a hacer una maratón de películas con un bol enorme de palomitas.

Cuando me sentí preparada, abrí los ojos y di un par de pasos hacia delante.

Bien, pues ahí estábamos. La pista de baloncesto, los populares de la clase y yo. Tenía una misión y cualquiera que me conociera sabría que era la misión más complicada que se me había encomendado nunca. Más incluso que evitar la muerte de mi antepasado en el siglo XVII.

Respiré hondo y me crucé de brazos.

«¿Por qué, Señor, por qué?», murmuré para mis adentros.

—Pablo —dije con solemnidad.

Mi intervención sorprendió a todos los presentes, e incluso provocó que el balón rebotara sobre el pie de Martín y saliese rodando fuera de la cancha. El aludido tardó en darse cuenta de lo que estaba sucediendo y miró a todos sus compañeros antes que a mí. Cuando lo hizo, le cambió la cara.

Y lo peor de todo es que lo entendía muy bien.

Que yo me acercara a la salida de clase y pronunciase su nombre delante de todas esas personas solo podía significar dos cosas:

Había pasado algo relacionado con los viajes en el tiempo.

Y..., bueno, no se me ocurría una opción dos, así que estaba segura de que a él tampoco. Sus ojos marrones me observaron, cargados de preguntas que evidentemente no podía decir en voz alta, ni muchísimo menos delante de todo el mundo.

Pablo vaciló unos instantes. Después se limpió la frente con el antebrazo (para variar) y empezó a caminar en mi dirección, fingiendo una naturalidad que desde luego no sentía.

Álvaro me miró de arriba abajo, puso los brazos en jarras y soltó una risa burlona.

—¿Qué hace esta? —Hablabas de mí, claro, pero como no tuvo la decencia de preguntármelo directamente, decidí

ignorarlos. Eso lo irritó aún más. Giró la vista hacia Pablo, pero él no solo no le respondió sino que siguió con la vista clavada en mí. Eso fue demasiado—. ¿Es tu novia o qué?

Ah, el típico ataque de la novia. ¡Un clásico! Risas a mi alrededor. La risa estridente de Martín alzándose entre todas ellas, clavándose en mis sienes. No pude ni quise evitar poner los ojos en blanco. El comentario no solo tenía la falta de originalidad que podías esperar del parvulario, sino que además demostraba que le importaba un pimiento ridiculizar a su amigo.

Pablo no dijo nada, pero no hizo falta. Sonrió ligeramente, aceptando el vacile con templanza, aunque sus orejas estaban enrojeciendo. ¿Esta era la tan ansiada popularidad? ¿Para esto servía? ¿Para que tus amigos se rieran de ti delante de la gente y tú tuvieras que fingir que también te hacía gracia?

Suspiré con fuerza y clavé mi mirada en Álvaro.

—Qué gracioso —dije—. ¿Se te ha ocurrido a ti solito o te han ayudado?

—Anda, la friki, ¡pero si habla! —comentó Álvaro, y exageró un sobresalto hasta abrazar a Martín, quien por supuesto empezó a gritar también, como si hubieran encontrado una rata parlante en la cocina.

Me esforcé por apartar la vista y fijarme en Pablo, que había avanzado a pesar del espectáculo y había quedado bastante cerca de mí. Se detuvo.

—Espero que sea importante —me dijo muy muy bajito.

Algo en la forma en que me lo dijo, en ese deje de vergüenza contenida en sus palabras, me cabreó mucho más que todas las tonterías de sus coleguitas.

Lo miré tranquila, deseando que no se me notara.

—En veinte minutos en la parada de autobús —dije sin más. Asintió. Arrugué la nariz, eso sí—: Y dúchate, anda.